
APRENDICES DE LA VIDA

ANTHON OBESO

Se llama Anne-Claire. Bonito nombre. Encantador ¿verdad? Y él... ¡bueno! ¡qué más da! De todas formas, ella, Anne-Claire, le había dicho: Yo siempre te llamaré *Mon p'tit*.

Se conocieron en los jardines que flanquean la Avenida del Observatorio, que son prolongación de los del Luxemburgo. Ya había pasado el verano y, como decía *Mon p'tit*, refiriéndose al tiempo ya un tanto destemplado, "las frescas noches de otoño matan las moscas y el amor". Por lo tanto, únicamente paseaban por los jardines personas absolutamente prosaicas: obreros, niñeras y ancianos jubilados. La Facultad de Farmacia estaba muy cerca. Estudiantes de ambos sexos atravesaban corriendo el jardín o se sentaban para hojear sus cuadernos de notas. Pero a *Mon p'tit* le gustaba el lugar porque era un distrito apartado y tranquilo. Y, sobre todo, le gustaba pasear por allí e imaginarse que era un terrateniente que recorre sus propiedades con las manos cruzadas a la espalda, mientras caían a su alrededor las hojas muertas. Y allí, en la avenida del primer jardincillo, por la parte interior, le sucedió, como él mismo señala, "algo extraordinario". Vio a una joven sentada en una silla, vuelta hacia el césped. Estaba leyendo y tomaba notas. Sin duda, pensó, era una estudiante. Pasó ante la joven, y, ésta, levantó la cabeza y le miró. Resultando que, a aquella joven, ya la había visto en aquel mismo jardín. Y se maravilla de esta casualidad pues en una ciudad tan populosa como París, encontrar a una misma persona dos veces constituye un verdadero milagro, según comenta. Entonces, *Mon p'tit*, al llegar al árbol más próximo a ella, se vuelve y la mira. Y ella levanta los ojos y le sonríe. Entonces, toma bruscamente una determinación y le dirige la palabra.

— Buenos días, señorita.

— Buenos días, señor.

Y él se entusiasma y exclama en su interior: ¡me ha contestado!

Y así se inicia aquella relación que dará origen a un emotivo amor.

La conversación continúa y, en algún momento, ella, Anne-Claire, le pregunta.

— ¿Es usted francés?

— No.

— ¿De dónde...?

— Húngaro.

— ¿Y qué hace en París?

— Vine a estudiar.

— ¡Ah! ¿Es usted estudiante? ¿Qué estudia?

— En pocas palabras: la vida.

Donosa ocupación, esta, la de aprender la vida, tal como considera, también, Anne-Claire. Así está, este muchacho húngaro, bohemio en París, dedicándose a dibujar, y ofreciendo sus ilustraciones a cualquier periódico o revista parisiense que le quiera pagar unos francos para seguir saliendo adelante. Para seguir estudiando la vida. Para ello, ha dejado su confortable hogar paterno, en la lejana Budapest, y no puede evitar un nostálgico recuerdo: "En casa, en Hungría, papá debe estar jugando ahora al ajedrez con un invitado, y la ceniza aún no habrá caído de su cigarro. Parece que lo oigo decir: Ahora me toca jugar... La abuela debe estar sentada tranquilamente en un sillón, con las manos apoyadas en las rodillas. Cualquiera diría que está pensando algo, pero yo se que descabeza un sueñecito. Mamá prepara la mesa en el gran comedor y la sirvienta hace ruido con la vajilla, produciendo un agradable tintineo con los vasos que lleva en la mano. En el pasillo, otra criada plancha, cantando: Adiós, oficialito de la Guardia".

Mientras tanto, él se hospeda en París, en un hotel de la calle Saint-Jacques que, como dice, "es una calleja miserable y el "Riviera" un hotel paupérrimo".

Su habitación tiene una anchura de tres pasos y una longitud de cinco. Está provisto del mínimo indispensable de muebles, caracterizados por su miseria y debilidad. Sin embargo, dispone de una chimenea, y —como él mismo confiesa— una chimenea siempre confiere cierta elegancia al conjunto. Por lo tanto, cuando escribe cartas, suele mencionarla diciendo: Escribo sentado ante la chimenea...

Por las noches, con los codos apoyados en la ventana, permanece largo rato abstraído en la contemplación del cielo estrellado que se alza por encima de los tejados y chimeneas.

Como buen bohemio que se precie, también *Mon p'tit* pasa hambre. Y llega un momento que ya no puede más y alzando su voz se dirige a Dios exclamando: "¡Quiero comer! —y prosigue— Pero no quiero cacao ni queso de Camembert (según parece, menú habitual en el "Riviera", o recurso factible para la economía de un bohemio) Quiero devorar una verdadera comida. ¡Señor, si te preocupas de los pájaros del cielo, preocúpate también de mí! ¡Dios mío, te ruego que procures arreglar la situación en que me encuentro, y, a ser posible, con efectos retroactivos! (así y todo, no le falta humor en su desaliento) ¡Todo lo que no he comido durante estos días de miseria constituye un ahorro! Pues bien, ¡quiero comérmelo todo ahora mismo...! Estoy hasta la coronilla. ¡Dios, voy a armar un escándalo fenomenal! ¡Ya verás, Dios mío, qué escándalo!".

Suplica y amenaza, pues también la desesperación es

ingrediente probable en la minuta que constituye un aprendizaje de la vida en la bohemia. Esto no quiere decir que la desesperación sea constante, ni definitiva, pues en algún momento surge también la ilusión y la esperanza y llega a decir: Sé que algún día llegaré a ser rico.

Por otra parte está también la presencia de Anne-Claire, que nutre su vida con la fuerza de ese encanto que toda mujer enamorada emana. Basta que el joven dibujante la sorprenda con un pequeño regalo, poniendo el disco "Cerezas maduras" en el gramófono, para que ella, la maravillosa Anne-Claire, exclame emocionada:

— ¡Dios mío! ¡*Mon p'tit*, es mi canción preferida! *Mon p'tit*, *Mon p'tit*, *Mon p'tit*...

Así que, cuando *Mon p'tit* hace un balance de su vida bohemia no puede menos que considerar de que mucha gente le envidia su estancia en París, pues puede pasear a orillas del Sena cuando le parece bien. Igualmente puede admirar sin limitaciones a las hermosas parisinas que, esbeltas como lombrices, tienen tanta distinción y saben ondular discretamente el cuerpo al andar. "A pesar de todo —prosigue en su meditación— hay personas que me envidian. Sí. Y, cuando regrese a Budapest, tendré celos de mí mismo a causa de los días dichosos que aquí he vivido, porque únicamente recordaré lo que haya sido hermoso. Los recuerdos desagradables se eliminan con el tiempo..."

Cautivadora novela, ésta, de Gábor von Vaszary, precisamente titulada "*Mon p'tit*", y que con tanto placer leímos en nuestros años jóvenes. Novela que siempre está ahí, en la biblioteca, a mano, para, de vez en cuando, complacernos en la lectura de algún pasaje de la vida de este personaje de Vaszary, y que habría que saber hasta qué grado es él mismo. Ya que, al igual que el personaje de la novela, también Vaszary era húngaro, dibujante y bohemio en París.

Jakobs, al igual que Gábor von Vaszary, también era escritor. Ocupaba la habitación contigua a la mía en un piso de la calle Klosterallee de Hamburgo, en aquel tiempo, principio de los años cincuenta, en cierto modo todavía tiempo de posguerra europea, en que, por orden del Gobierno alemán, y debi-

do a la escasez de vivienda, por motivos obvios, cada propietario o inquilino estaba obligado a disponer toda habitación desocupada a la necesidad de cualquier persona. Así que era fácil coincidir en un piso con cualquier ser humano de la más distinta condición y profesión. Y allí estaba, por lo tanto, el tal Jakobs, que creo recordar se apellidaba así, y que su nombre he olvidado totalmente, dedicado a su profesión de escritor.

A pesar de que tan sólo nos separaba un tabique, tardamos bastantes días en conocernos personalmente. Yo podía oír, por las noches, el tecleo de su máquina de escribir, hasta muy avanzada la madrugada. Una noche detrás de otra. Cuando él llegaba a casa, yo estaba ya acostado o, por lo menos, retirado en mi habitación. Así que, esto era todo lo que sabía de él, que era escritor, y el tecleo de su máquina trabajando noche tras noche. Pero no sabía ni tan siquiera cómo era su aspecto. Su sistema de vida era distinto al mío. El trabajaba de noche y yo de día, claro está. Por lo que, aún viviendo los dos tan cercanamente, nos desconocíamos por completo, en definitiva.

Un día, después de muchos, coincidimos por casualidad en el pasillo. Y así fue nuestro primer encuentro. Nos limitamos a un obligado saludo y a desearnos mutuamente las buenas noches.

Todavía tuvieron que suceder algunos encuentros casuales, también en el pasillo, para que nuestra relación pasara de un escueto saludo a una charla animada.

Un día me invitó a cenar y allí empecé a saber de su vida. Resulta que tenía publicados tres libros sobre viajes, algunos relatos más, inéditos, y, en el momento, se dedicaba a escribir guiones para la radio.

Contaba sólo diez y seis años cuando, guiado por su afán de aventura, se escapó de su casa. Su ilusión era llegarse a Islandia, pero cuando llegó al puerto de Hamburgo tuvo que embarcarse de polizón pues se había quedado sin dinero. Aquel verano lo pasó en Islandia, de un lado para otro, dedicado a trabajos esporádicos para sacarse el sustento diario. Y, cuando comenzaba el invierno, se volvió de nuevo a Berlín, a su casa paterna. Años más tarde, esta peripecia daría origen a



su primer libro, "Mi viaje a Islandia". Relato descrito con sencillez y encanto.

Dos años después de esta escapada, volvió a las andadas. Esta vez su bohemia fue de mayor duración, discurriendo por el Continente y, como no, deteniéndose en París con la mayor intención.

El momento en que le conocí, su juventud había quedado un tanto en el pasado y ya no se lanzaba a la aventura como en sus años mozos. Por aquel entonces, su vida transcurría dedicada a su labor de guionista de radio y, siempre que su trabajo se lo permitía, se refugiaba en la tranquilidad de otra isla, Mallorca. Me hablaba de Mallorca con entusiasmo donde, además de buscar su sosiego, disfrutaba del calor de un sol más bonanzoso. Aunque, la verdad sea dicha, Islandia siempre tenía un atractivo especial para él. Quizá, porque allí transcurrió su primer tiempo de aprendizaje de la vida.

Un día se fue. Se marchó a su añorada Mallorca. Y de veras que sentí, con cierta tristeza, no oír, por las noches, al otro lado de la pared, el tecleo de su máquina de escribir.

Lo mismo que *Mon p'tit*, el personaje de Gábor von Vaszary, que, apoyado los codos en la ventana, permanecía largo rato abstraído, por las noches, en la contemplación del cielo estrellado que se alzaba por encima de los tejados y chimeneas de París, igualmente la pintora Marta Cárdenas se asomaba al quicio de la ventana de su buhardilla, donde tenía instalado su estudio en Rentería, contemplando por las noches el cielo estrellado y, durante el día, como atalaya para hacer expresar a sus pinceles.

Es evidente que una postura de reflexión, de contemplación, es condición necesaria para el aprendizaje de la vida. Sin una actitud de meditación es imposible llegar al conocimiento. Y es quizá la ventana, para el bohemio instalado en su escondrijo, ese acceso abierto al exterior, lo que le pone en comunicación con el mundo. Para *Mon p'tit*, contemplando abstraído el cielo estrellado, para Marta Cárdenas, pintando, tal como ella misma explicaba en un comentario en las páginas de esta misma revista, "Oarso", en 1973. "Hice cuatro o cinco cuadros —decía ella entonces— que eran vistas desde mi ventana, a través de la ventana, enmarcados en las fallebas y en los listones de la ventana, o sea, divididos en trozos, en parcelas, como está la ventana siempre, y se veían unas fábricas llenas de humo, unas casas oscuras y sucias de ese mismo humo —y proseguía— Verás que tengo una vista de Rentería que a mi me parece preciosa, pero que es bastante escalofriante porque se ven todos los tejados, unos encima de otros...

—y concluía después— es lo terrible de la construcción aquí. Por ejemplo, ese dibujo, también es una vista desde aquí, que se ven una serie de tejados, de casas, todas apiñadas, y en primer plano la grúa, todo esto lo veo desde mi ventana".

Perspectiva nada alentadora la que nos describía entonces, de nuestro pueblo, esta artista del pincel. Y que es de suponer no ha cambiado mucho desde entonces. Pero dejemos que Marta siga expresándose desde su bohemia lo que iba aprendiendo de la vida a través de la ventana de su estudio. "En estos dos cuadros no se ve Rentería en concreto —me dijo señalándome dos trabajos suyos— se ve una especie de laberinto, tablonos, cemento, en fin, el laberinto que se forma en cada obra. Esta es una construcción que tengo frente a mi ventana, que la estoy viendo a diario, que está trepando, que está creciendo a una velocidad bárbara. Se ve que esta inquietud que ha sembrado Rentería en mí, de ver lo caótico que es lo que me rodea desde el punto de vista estético".

Pero no todo es desolación en el mundo, y tampoco para Marta desde su ventana. "Menos mal —venía a decir— que Rentería se salva porque tiene unos alrededores magníficos, que también los veo desde aquí. Veo la Peña de Aya, el casco de Arramendi, San Marcos, el Jaizkibel, en fin, es una maravilla".

Y no sólo es a lo inmediato lo que lleva el aprendizaje de la vida desde la bohemia. Como seguía diciendo Marta: "Me interesa también los efectos de luz, o sea, el claroscuro, cómo la luz incide, cómo se forman sombras, cómo...".

Para concluir en aquella ocasión diciendo: "Entonces, ahora, junto al interés por la plástica en sí, o sea, por la composición y el color y demás, cada vez tengo un interés mayor por los seres humanos que me rodean y por las preocupaciones y los problemas de estos seres humanos".

Mon p'tit, llegaba a la consideración, a pesar de todas las penurias sufridas en su bohemia parisina y de la pérdida de su gran amor Anne-Claire, de que únicamente recordaría los días hermosos, pues los recuerdos desagradables se eliminan con el tiempo. Jakobs, por su parte, en su azaroso deambular por una Europa bastante crispada en aquellos años finales de los treinta y, luego, los cuarenta, descubre Mallorca, todavía, por entonces, inexplorado por el turismo, donde refugiarse en la paz y el sosiego para dedicarse a meditar y escribir. Marta Cárdenas, observando y pintando desde la ventana de su estudio, se interesaba por los seres humanos, y por sus preocupaciones y problemas.